



POR LA SOCIEDAD FILOIATRICA.

AL ocupar este lugar para dirigir el último adiós á uno de nuestros más queridos maestros, á nombre de la Sociedad Filoiátrica, no vengo con la fórmula de nuestras sensaciones, sino con ese algo que queda en el fondo del alma, con ese algo difícil de definir, pero no de comprender.

Al reunirnos hoy en el recinto sagrado de los muertos, al interrumpir el silencio de los sepulcros con nuestras voces, al abrir una nueva sepultura para depositar los restos de un sér querido, salen de nuestros corazones los ayes de angustia y los suspiros del dolor.

Pero esos gemidos no los confiamos al viento, porque se confunden con su murmullo; no los entregamos á las nubes, porque se disipan en el espacio; tampoco los encargamos al mundo indolente, porque los relega al olvido. Los enlazamos con las virtudes del maestro, del amigo, del hermano, y los dejamos á la justicia de la posteridad.

Don Lauro ha muerto; han caído los días sobre su existencia, como caen al pié del árbol las hojas arrancadas por el viento.

Recorrió un camino escabroso; el camino difícil de la ciencia y de la fraternidad; pero con la abnegación del sabio que se sacrifica por el bien de sus hermanos, salvó uno á uno los escollos, y supo hacerse para los estudiantes la estrella luminosa en las tempestuosas borrascas de la vida; la luz de su ciencia siempre brilló como la mejor guía para dirigir los pasos vacilantes de la juventud; con tiernos consejos endulzó las amargas horas de la existencia; con el cariño de un padre llevó el consuelo al corazón lastimado por los rudos ataques del infortunio; enseñó á alzar los ojos al cielo de la resignación, para buscar en él un rayo de esperanza; siempre infundió la fé y la constancia; tendió una mano generosa al que necesitaba un apoyo; nunca sus discípulos volvían de las aulas con la desanimación en el alma; daban un paso más porque sabían que si adelante encontraban tropiezos y dificultades, la mano generosa de su amigo debía salvarlos. Pero al recorrer su camino con el valor de

un atleta, en la doble providencia de la enseñanza y de la caridad, sus mejores días se han ido uno á uno tras el huracan de la muerte.

Triste desenlace, pero necesario, porque todo sigue esa relacion invariable de la existencia: Nacer, vivir y morir.

La flor cae desprendida de su tallo y muere sobre su sombra; el canto del pájaro se pierde en la inmensidad de los espacios; las olas dejan sus postreros suspiros al llegar á las playas.

Nace en el corazon la esperanza y muere en la negra realidad de la amargura: las horas sublimes del amor y del sentimiento, las horas benditas de felicidad tambien desaparecen, y solo dejan una página que despues se registra para consagrarle un aniversario de muerte con los más santos recuerdos de las ilusiones perdidas.

Triste destino! Se consulta al presente, y en él no se encuentra más que el resto de las ilusiones más gratas, marchitas y diseminadas sobre las horas de la existencia, como los fragmentos de un buque que la tempestad hizo pedazos en la borrasca de los mares: se ve hácia atrás, hácia ese tiempo que ya pasó, y solo se encuentra de agradable los primeros pasos de la niñez, la página más dulce y más tierna del corazon; pero mezclada con esa palabra de triste y lúgubre sonido: Nada. Se intenta rasgar el velo que cubre el porvenir, y solo se entrevé, allá como en el fondo de densas tinieblas, una tumba.

Ley inquebrantable: Nacer y morir.

Ante esta idea es cuando viene el consuelo y la conformidad; ante esta idea es cuando nos incorporamos, enjugamos nuestras lágrimas y nos ocupamos de levantar para el porvenir el verdadero santuario de la inmortalidad.

El recuerdo que hoy nos queda del sér que fué, la imágen santa que conservamos, los sentimientos de abnegacion que supo inculcarnos, procuramos transmitirlos al corazon de los que vienen, para que sepan cultivar en su memoria el noble impulso de la ciencia y de la fraternidad.

VINIEGRA.

SEÑORES:

MUY indigno me creo de dirigiros la palabra; torpe es mi lengua para interpretar los sentimientos de dolor sublime que inunda nuestros corazones. Pero hay momentos como éste, de suprema angustia, en que los más ignorantes no temen hacer oír su voz, porque saben que se encuentran en medio de numerosos hermanos, poseidos todos de iguales senti-